

Pompeya.

("El Mercurio", Bilbao, 12 junio 1892).

suplemento literario.

1-52

POMPEYA

(DIVAGACIONES)



Cada vez que releo el inolvidable canto á la retama (*La Ginestra*) de Leopardi, brotan buriladas en mi memoria las ruinas de Pompeya, que tendidas al pié del exterminador Vesubio toman el ardoroso sol de Nápoles.

El 29 de Agosto del año 79 de la era cristiana, una erupcion del Vesubio sepultó bajo ceniza y lavá á Pompeya, Herculano y otras ciudades situadas sobre el golfo de Nápoles.

En 1689 se hallaron los primeros despojos de Pompeya, en 1775 se empezaron las escavaciones, y de 1812 á 1814, reinando Murat en Nápoles, se hicieron trabajos para descubrirla como á esqueleto que avaricia ó piedad devuelve al dia.

Mil ochocientos diez años después de haberse asentado la soledad en Pompeya, en Julio de 1889, visité sus ruinas.

La campiña de Nápoles vive henchida del espíritu virgiliano. Bajo el follage de las hayas descansan aun Menalcas y Dametas, y como sal á la dulzura del cisne mantuano, tales recuerdos me traian á la mente tormentos de diccionario, insomnias repletos de gerundios y de dactilos y espóndeos y otras cosas feas.

Campos aquellos olorosos y verdes, llenos de fronda que les defiende del saetero Apolo Febo que se pasea triunfante en un cielo sin arrugas, sostenido en colinas recortadas.

El sol tiñe al mar como con un rocío de oro y plata que hace brillar al agua, y á lo lejos se bañan en ésta promontorios dibujados en el cielo. Respira con abandono la espléndida bahia de Nápoles, y todo hace aspirar la femenina poesia de Virgilio.

Labor delicada de los dioses parece la Naturaleza, el paisaje obra de arte, los pueblecillos mosaicos, esmaltes las montañas, camafeos las lejanias, mármoles el mar y el cielo, un velo sutilísimo la bruma que dulcifica la obra, ritmo cadencioso el canto del mar y los rumores de la tierra, y el aire aroma del ara de los antiguos sacrificios.

Entran ganas de derretirse en el sol y diluirse en

el aire, se pierde el espíritu en el ambiente, y se disipa la intimidad del recogimiento.

Un pícaro cochero parlanchin, un tal Genaro, nos llevó de Nápoles á Pompeya, costeando el golfo y haciéndonos tragar polvo caliente. Atravesamos San Giovane, Pórtici, Resina, Torre del Greco y Torre Anunziata, cinco pueblos que forman una larga calle, donde hormiguean al sol gentes semi-desnudas, y se secan flecos de macarrones empolvados y llenos de moscas.

Cuando entramos en las desiertas calles de Pompeya llovía á chaparrones sol que caldeaba las ruinas y nuestras cabezas.

Entramos por el puerto, en un tiempo bullicioso, hoy callado y en seco. Porque Pompeya era ciudad costera, pero las cenizas del Vesubio han retirado los límites del mar, y hoy hay una tiradita de Pompeya á la playa del golfo.

Pompeya, con sus desiertas calles, sus casitas sin techo caldeadas por el sol, y su soledad tan llena de luz, no me pareció triste.

Cuentan que al visitarla Walter Scott, repetía: *¡The City of the Dead!* ¡La ciudad de la muerte!

Yo no pude representarme allí la muerte, ni evocar el horror de aquel día de la catástrofe.

En donde el sol reina como soberano absoluto, parece que el hombre no es nada, que allí todo queda absorbido en la luz y el calor santos, que allí los dolores deben de ser dolores agudos y pasajeros, dolores que matan, no dolores que atormentan. El mismo sol que da vida mata con sus flechas de oro, hierre y cura, lleva en la acerada punta de sus saetas el veneno y el cauterio.

La esplendidez del cielo infunde sentimiento de universal y serena indiferencia, indiferencia olímpica, no hipocóndrica, y allí, comparando Leopardi la destrucción de Pompeya á una manzana que cayendo del árbol aplasta un hormiguero; pudo decir que no tiene más cuidado del hombre que de la hormiga la Naturaleza, madre en el parto, en el querer madrastra.

En Pompeya topa el visitador curioso por todas partes, huellas de la vida desenfrenada, símbolos de su perpétua renovación, desnudeces humanas, pinturas murales de una obscenidad extrema. Se ostentaba, con todo el soberano descaro que le daba el sol, la desvergüenza de la vida, en aquel ocaso del paganismo.

Allí se mostraba el hombre desnudo y tostado por el sol ardoroso, á su luz esplendente, lleno de fango, como hecho de él.

1-52



E / 9

1.5.2/31

1-52



En un tiempo, frente al pebetero del Vesubio, se elevó el pebetero á Venus, la madre de la vida. El ara de los sacrificios está solitaria, pero no fria. No acude el hombre á sacrificar en ella á la Belleza y al Amor, pero Apolo Febo la enciende dia por dia, con sus rayos que dan vida y muerte. En aquella ara se calientan al beso de Apolo las lagartijas, que tambien aman, y acaso allí, en los crepúsculos del estío, celebran los insectos sus misterios, mientras humea el ara del Vesubio, que inciensa al Sol Padre con el fuego que de él sacó la Madre Tierra al desprenderse de su seno.

Al cadáver de Pompeya le han despojado de sus preseas, que han sido almacenadas en el Museo de Nápoles. Ni frescos murales, ni muebles, ni objetos de uso doméstico quedan en las desiertas casas, en cuyos más íntimos rincones se asienta el sol.

¿Quién piensa en la muerte, como acostumbramos pensar en ella, como algo lóbrego, frio y oscuro, allí donde, á las ruinas rodea una huerta frondosísima y las contemplan con pagana serenidad el cielo purísimo y el mar que bafia los piés á Capri, á Castellamara y á Sorrente?

Las casas son muy pequeñas, con patio y pluvianian todas. ¿Para qué querian grandes casas aquellos hombres que tenian por techumbre el cielo, por luz el sol y por hogar la plaza?

Aún así y todo, se comprende la melancolía, pero una melancolía olímpica, á la vez resignada y arrogante, llena de luz y de armonía. A aquellas ruinas corresponde un cantor como Leopard, que contemplando á través de las mochadas columnas del templo, la bipartida cúspide del Vesubio, que aún amenaza á las esparcidas ruinas, la noche secreta en que corre el fulgor de funérea lava por los vacíos teatros por los templos deformes, por las destrozadas casas, se vuelve á la olorosa retama contenta del desierto, al que consueta con su perfume, y le recuerda como morirá inclinando ai hado su inocente cabeza sin creerse inmortal.

Contemplando las ruinas de Pompeya y frente á ellas su verdugo que lanza bocanadas de aliento de

la madre Tierra, se siente que es la muerte un accidente de la vida, como en la desolada campiña romana, junto á las ruinas que se tienden al pié de los montes sabinos se oye cantar á la cigarra la eternidad de la vida y lo vano de la gloria.

MIGUEL DE UNAMNO.

Salamanca, Junio, 1892.

1-52/31